

EL SACERDOCIO DE CRISTO Y SU EJERCICIO EN LA LITURGIA

Todo cristiano ha sido, por su bautismo, injertado en Cristo. El propio san Pablo lo anunciará a la comunidad cristiana de Roma: *Los que por el bautismo nos incorporamos a Cristo (Rm 6, 3)*. Una inserción realizada, tal y como explicita el ritual del bautismo, en Cristo, sacerdote, profeta y rey.¹ A lo largo de estas páginas queremos acercarnos a la dimensión sacerdotal de la existencia cristiana y particularmente al ejercicio de la misma en la celebración litúrgica. Pero como nuestro sacerdocio es una participación del sacerdocio de Cristo, deberemos detenernos en el sacerdocio de Jesucristo, comenzando nuestro estudio por los antecedentes del mismo, esto es, el sacerdocio en el Antiguo Testamento o la realidad sacerdotal del pueblo judío.

EL SACERDOCIO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

El sacerdote es la persona encargada de las relaciones con Dios. El sacerdote intercede, por tanto, ante Dios por los fieles (dimensión ascendente) y, a su vez, comunica al pueblo la voluntad de Dios y le reprende cuando no cumplen la alianza (dimensión descendente).²

-
- 1 *Seas para siempre miembro de Cristo, sacerdote, profeta y rey (Ritual del bautismo de niños, Unción con el santo crisma).*
 - 2 Aunque hemos mencionado solamente dos funciones del sacerdote, las principales, los textos bíblicos atribuyen otras muchas: oráculos,

En los orígenes del pueblo de Israel, la función sacerdotal no estaba vinculada a ninguna persona en concreto. Los actos de culto, especialmente el acto central que era el sacrificio, lo realizaba el cabeza de familia.³ Así vemos en la época de los patriarcas, cómo Abrahán, Isaac o Jacob construyen altares donde ofrecen sacrificios (cf. *Gn* 12, 7; 13, 9. 18; 22, 13; 26, 25; 28, 18; 31, 54; 46, 1). También Moisés, como cabeza del pueblo, ejerce funciones culturales (cf. *Ex* 24, 4-8). No obstante es en ese momento cuando el sacerdocio queda vinculado a una persona: a Aarón, de la tribu de Leví. Moisés delega en Aarón y su descendencia las funciones sacerdotales (cf. *Ex* 28, 1-4)⁴. Siendo a partir de entonces cuando el sacerdocio se vuelve exclusivo de un único grupo de israelitas, los pertenecientes a la tribu de Leví.⁵

Sin embargo este hecho no borrará la conciencia del carácter sacerdotal de todo el pueblo de Dios: *seréis para mí un reino de sacerdotes* (*Ex* 19, 6), *vosotros seréis llamados «sacerdotes del Señor», «ministros de nuestro Dios» se os llamará* (*Is* 61, 6), *el Dios que salvó a todo su pueblo y que a todos otorgó la heredad, el reino, el sacerdocio y la santidad ... se apiadará pronto de nosotros* (*2M* 2, 17-18).

EL SACERDOCIO DE CRISTO

El Nuevo Testamento se muestra muy reticente a aplicar la terminología sacerdotal veterotestamentaria a Cristo o a sus discí-

enseñanza, pureza ritual, bendición, custodia del santuario. Éstas se encuentran explicadas en A. VANHOYE, «Sacerdocio», en *Nuevo diccionario de teología bíblica*, eds. P. Rossano – G. RAVASI – A. GIRLANDA, Paulina, Madrid 1990, 1736-1738.

- 3 Cf. R. DE VAUX, *Instituciones del Antiguo Testamento*, Herder, Barcelona 1964, 449.
- 4 Moisés, en cuanto jefe de las tribus, era el encargado del culto y estaba capacitado para delegar en otros las funciones sacerdotales (cf. A. GONZÁLEZ NÚÑEZ, *Profetismo y sacerdocio. Profetas, sacerdotes y reyes en el Antiguo Testamento*, La casa de la Biblia, Madrid 1969, 111-112).
- 5 La concesión de este privilegio recibe en el Pentateuco varias explicaciones: por su rápida intervención contra los israelitas idólatras (cf. *Ex* 32, 25-29), por elección divina para sustituir a los primogénitos de cada familia que debían consagrarse al culto (cf. *Nm* 3, 12)... (cf. VANHOYE, «Sacerdocio», 1734-1735).

pulos. Los evangelios jamás aplican el título «sacerdote» a Cristo, ni tan siquiera afirman que haya ofrecido un sacrificio. Solamente la carta a los Hebreos llamará a Cristo «sacerdote» y presentará su obra salvífica bajo categorías sacerdotales. Y son poquísimos los textos que hablan de los cristianos como sacerdotes (*1P* 2, 5. 9; *Ap* 1, 6; 5, 10; 20, 26).

Esto no significa que los autores neotestamentarios nieguen el sacerdocio de Cristo. Al contrario: en el Nuevo Testamento no se denomina a Cristo sacerdote pero sí se le presenta como sacerdote. Así, lo que en la carta a los Hebreos se dice explícitamente, en los otros escritos lo encontramos implícito.⁶

La ausencia del vocabulario sacerdotal quiere poner de manifiesto que el sacerdocio de Cristo, si bien está en continuidad con el Antiguo Testamento, pues Cristo no ha venido a abolir sino a plenificar la Ley y los Profetas (cf. *Mt* 5, 17), es algo radicalmente nuevo.

Pero además, debemos señalar que tampoco se emplea el vocabulario sacerdotal porque entre la institución sacerdotal, tal y como se entendía en el Antiguo Testamento, y Jesucristo haya relación alguna.⁷ Jesús no pertenecía a la tribu sacerdotal: la de Leví. Su actividad no tuvo el carácter del ministerio sacerdotal. Y, finalmente, su muerte no se presentó como un sacrificio ritual.

Ahora bien, a pesar de que en la forma Cristo no fuera sacerdote, la intencionalidad de su vida y, más aún, de su muerte en la cruz, era alcanzar el mismo objetivo que el sacerdocio ritual: interceder ante Dios y relacionar a los hombres con Dios. Por eso, el autor de la carta a los Hebreos⁸, al contemplar a Cristo en la gloria, sentado ante la diestra de Dios, intercediendo por nosotros, habiendo reestablecido la amistad hombres-Dios, le llama «sacerdote», más aún «sumo sacerdote» (*Hb* 2, 17; 3, 1; 4, 14-15; 5,

6 Cf. R. ARNAU, *Orden y ministerios*, B.A.C., Madrid 1995, 28-35.

7 Cf. A. VANHOYE, *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 1995, 64-69.

8 Para profundizar en la carta a los Hebreos y la teología sacerdotal referida a Cristo es de obligada lectura A. VANHOYE, *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 1984.

10...)⁹. De tal modo que Cristo ha inaugurado un nuevo modo de ser sacerdote. Cristo es el mediador perfecto que ha sacrificado la ofrenda perfecta.

MEDIACIÓN PERFECTA

Cristo es el mediador perfecto entre Dios y los hombres ya que por una parte es el Hijo de Dios y por otra es verdaderamente hombre. La relación con las dos realidades que debe unir es perfecta, por ello su sacerdocio es perfecto. Esta mediación alcanzó su plenitud por su pasión y resurrección.

Por su pasión porque su solidaridad con los hombres llegó a su máxima expresión (cf. *Hb 2*, 14ss). Se hizo uno como nosotros asumiendo la naturaleza humana hasta sus últimas consecuencias. Su encarnación no fue una ficción sino que *fue probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado* (*Hb 2*, 15). Su humanidad fue perfeccionada mediante el sufrimiento (cf. *Hb 2*, 10).

Por su resurrección porque el Padre, por su obediencia filial, lo ha devuelto a la vida glorificándolo y exaltándolo a su derecha. Introduciéndose en el santuario celeste la naturaleza humana que, en su encarnación, el Hijo había asumido.

OFRENDA PERFECTA

El ejercicio del sacerdocio está unido al ofrecimiento de una víctima que es sacrificada a Dios. *Todo Sumo Sacerdote está puesto para ofrecer dones y sacrificios; de ahí la necesidad de que también éste [Cristo] tenga algo que ofrecer* (*Hb 8*, 3).

Los sacerdotes de Israel ofrecían una víctima, sin defecto ni mancha, a Dios. La cual era quemada para que ascendiera a Dios. Si la víctima era aceptada por Dios, el sumo sacerdote también será agradable a Dios y podrá obtener para el pueblo los favores divinos.¹⁰ No obstante el autor de la carta a los Hebreos descubre defectuosos los elementos de este culto (cf. *Hb 9*, 8-10) ya que no

9 Cf. VANHOYE, «Sacerdocio», 1743-1744.

10 Cf. C.M. MARTINI – A. VANHOYE, *La llamada en la Biblia*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1983, 182.

conseguían establecer una alianza auténtica con Dios. Se trataba de sacrificios exteriores al hombre e indignos, pues cualquier ser de la creación estaba impregnado por el pecado. *Es imposible que la sangre de toros y machos cabríos quite los pecados (Hb 10, 4).*

Cristo establece un esquema de culto totalmente nuevo que deja de ser ritual y externo para convertirse en real, personal y existencial. *Cristo se ofreció a sí mismo (Hb 7, 27)* voluntariamente. De tal modo Cristo es simultáneamente oferente y ofrenda. Y, en este caso, la víctima es perfecta, sin pecado (*Hb 4, 15: se hizo semejante a nosotros en todo menos en el pecado*).

De tal modo que siendo el sacerdote perfecto y la ofrenda perfecta, la eficacia del sacrificio es perfecta y permanente: *consiguió una redención eterna (Hb 9, 12)*. De tal modo que no son necesarios más sacrificios. *Lo realizó de una vez para siempre (Hb 7, 27)*.

UN NUEVO CULTO

Con el sacrificio de Cristo comienza un nuevo culto. La relación con Dios no será algo exclusivo de unos miembros del pueblo sino que todos los creyentes pueden acercarse a Dios (cf. *Hb 10, 19-22*) y presentarle sus propios sacrificios (cf. *Hb 13, 15s*). Estos sacrificios no serán como los veterotestamentarios, esto es, ritos separados de la vida sino que, siguiendo el ejemplo del sacrificio de Cristo, serán ofrendas existenciales. Esto es, *los cristianos están llamados a vivir como Cristo en obediencia filial, «cumpliendo la voluntad de Dios» (Hb 10, 36; 13, 21) y a progresar en el amor fraterno gracias a una solidaridad efectiva (cf. Hb 10, 24; 13, 36)*.¹¹ Comienza un nuevo culto que consiste en transformar la vida por medio de la caridad divina.

PUEBLO SACERDOTAL

Tal y como afirmábamos al comenzar este estudio, todos los cristianos, por el bautismo, hemos sido injertados en Cristo, siendo partícipes de su vida en todas sus dimensiones. Y, por tanto,

11 VANHOYE, «Sacerdocio», 1745.

también compartimos su dimensión sacerdotal. Esto significa que cada cristiano puede acercarse a Dios y ofrecer sacrificios. A diferencia del culto veterotestamentario donde solamente el sumo sacerdote podía entrar en el santuario para ofrecer sacrificios. Nosotros *tenemos libre entrada en el santuario gracias a la sangre de Jesús (Hb 10, 19). Vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo (1P 2, 5)*. De modo que podemos decir que todos son sacerdotes habiéndose hecho realidad el carácter sacerdotal del pueblo de Dios que en el Antiguo Testamento aparecía como un anuncio profético (cf. *Ex 19, 6; Is 61, 6; 2Mac 2, 17-18*).

Los sacrificios que corresponde ofrecer, tal y como nos refiere el texto de la carta de san Pedro recién citado, serán «sacrificios espirituales», esto es, a imagen del sacrificio de Cristo que ofreció su propia vida como ofrenda. No consiste, pues, en ofrecer algo externo a uno mismo, como hacían los sacerdotes del Antiguo Testamento. San Pablo invitará a los cristianos de la comunidad de Roma a hacerlo: *Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste ha de ser vuestro culto espiritual (Rm 12, 1)*. Una ofrenda existencial que, como la de Jesucristo, debe caracterizarse por el cumplimiento de la voluntad de Dios (cf. *Rm 12, 2; Hb 10, 36*) y la solidaridad con los hombres (cf. *Hb 13, 16*).

SACERDOCIO MINISTERIAL

Podría parecer que en este planteamiento no es necesario un sacerdocio ministerial. Todo lo contrario.

En primer lugar porque nuestro sacerdocio es un sacerdocio de participación. No es, por tanto, autónomo. Sólo Cristo era capaz de ejercer por sí el culto (cf. *Hb 9, 14*). *Los cristianos, por el contrario, no están capacitados para ejercerlo por sí mismos, por sí solos; solamente en la medida que estén unidos a Cristo pueden elevar su vida hasta Dios.*¹² En el

12 A. VANHOYE, «Sacerdoce commun et sacerdoce ministériel. Distinction et rapports», *Nouvelle Revue Théologique* 97 (1975) 200.

Nuevo Testamento aparece claramente la mediación de Jesucristo (cf. *Rm* 5, 1; *Ef* 2, 18; 3, 12; *Hb* 7, 25; 13, 21; *1P* 2, 5).

Y, en segundo lugar, porque el sacerdocio de los cristianos no es individual. No es sacerdote cada uno de los creyentes. Sino que se trata de un sacerdocio poseído por el conjunto de bautizados de modo orgánico.¹³ No es, por tanto, una suma de sacerdotes sino un pueblo sacerdotal.

De modo que es necesario que, para que cada cristiano pueda ofrecer el culto existencial, haya un mediador: Cristo, el único mediador entre Dios y los hombres (cf. *1Tm* 2, 5). Y esta mediación es representada sacramentalmente por el sacerdocio ministerial. Los sacerdotes actúan en nombre de Cristo; son, en palabras del apóstol Pablo, *embajadores de Cristo* (*2Co* 5, 20).

CONSECUENCIAS LITÚRGICAS

La teología del sacerdocio de Cristo y la participación de los bautizados en el mismo tiene consecuencias en la celebración litúrgica.

La encíclica *Mediator Dei* del papa Pío XII definió la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Cristo.¹⁴ Afirmación que, posteriormente, fue recogida por el Concilio Vaticano II en la constitución de liturgia *Sacrosanctum Concilium*.¹⁵

De los dos aspectos que comporta el sacerdocio de Jesucristo, a saber, el culto (la ofrenda de su vida) y la mediación (su intercesión entre Dios y los hombres), es este último el que entra de modo particular en juego en la celebración.

El primero decíamos que compete a todos los bautizados: ofrecer sus vidas como ofrenda agradable al Padre.

El segundo quedaba reservado exclusivamente a Cristo. Esta dimensión se prolongó en el tiempo por los ministros ordenados, dado que representan sacramentalmente a Cristo. No obstante,

13 Cf. VANHOYE, «Sacerdocio», 1746.

14 Cf. Pío XII, Carta encíclica sobre la sagrada liturgia *Mediator Dei* (20 de noviembre de 1947), 32.

15 Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium* (4 de diciembre de 1963), 7.

como también la asamblea reunida queda constituida como cuerpo de Cristo,¹⁶ unida a su cabeza, esto es, al sacerdote ordenado, puede ejercer la dimensión mediadora de Cristo sacerdote. Detengámonos en estos dos modos de ejercer la mediación del sacerdocio de Cristo.

MINISTRO ORDENADO

Cristo está presente en el ministro ordenado.¹⁷ La asamblea está, en la persona del ministro, presidida por Cristo. De modo que es Cristo quien, por su medio, administra los sacramentos.¹⁸

Esto se concreta en el hecho de que solamente el ministro ordenado se dirija individualmente, en la celebración litúrgica, a Dios. Él pronuncia las oraciones (colecta, plegaria eucarística, bendiciones...) hablando a Dios en nombre de toda la comunidad, como cabeza de la misma que es. Ningún otro fiel, solamente el ministro ordenado que preside la asamblea, eleva su voz a Dios.

ASAMBLEA REUNIDA

Cristo está también presente en la asamblea reunida. *Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (Mt 18, 20). El saludo inicial del sacerdote en la misa (*El Señor esté con vosotros / Y con tu espíritu*) quiere manifestar esta presencia. La propia *Ordenación general del Misal Romano* lo afirma explícitamente: *El sacerdote, por medio del saludo, manifiesta a la asamblea reunida la presencia del Señor. Con este saludo y con la respuesta del pueblo queda de manifiesto el misterio de la Iglesia congregada.*¹⁹

Esto significa que también la asamblea si actúa al unísono y juntamente con su cabeza, esto es, el ministro que preside, puede ejercer la dimensión mediadora del sacerdocio de Cristo, del cual participan por su bautismo. Porque todos ellos representan

16 *Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (Mt 18, 20).

17 Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 7.

18 Cf. S. AGUSTÍN, *In Ioannis Evangelium tractatus* 4, 1, 7: PL 35, 1428.

19 *Ordenación general del Misal Romano*. Tercera edición típica (OGMR), 50.

también a Cristo. Así que, más allá del ejercicio de la dimensión cultural que cada bautizado realiza de modo individual, pueden de manera conjunta ejercer la dimensión mediadora.

Un ejemplo de esta intercesión que realizan los bautizados como representación de Cristo la encontramos en la plegaria universal. La *Ordenación general del Misal Romano* nos dirá que en la oración de los fieles el pueblo ejerce su sacerdocio bautismal.²⁰ Y es verdad. Pero si especificamos más, vemos que ejercen la dimensión mediadora del sacerdocio de Cristo, del cual participan por el bautismo. Una dimensión que pocas veces la ejercitan. A diferencia de la dimensión cultural que deben hacerla realidad en su vida cotidiana.

Analicemos el ejemplo para que nos resulte ilustrador.

La oración de los fieles comienza con una invitación realizada por el sacerdote celebrante. Tras la cual el diácono, o un cantor, o un lector, o un fiel laico, formula a la asamblea las intenciones por las cuales deben orar. El pueblo expresa su súplica con una invocación común (o rezando en silencio). Finalmente el sacerdote, solo él, concluye con una oración.²¹

Pormenorizando este proceso podríamos decir que: El diácono propone las intenciones a la asamblea para que eleven su súplica mediadora a Dios: «Por la Iglesia para que»... o «Para que la Iglesia»... etc. La asamblea acoge su propuesta y toda ella, también el sacerdote, la elevan a Dios: «Te rogamos óyenos» u «Oh, Señor, escucha y ten piedad» (u otra respuesta adecuada). De tal modo que este hecho, que se realiza al unísono por toda la asamblea junto con el sacerdote, nos manifiesta que se ejerce la mediación de Cristo que está representada por la asamblea (cuerpo) y sacerdote (cabeza).

A este respecto debemos denunciar la deficiencia de las peticiones, que a veces se hacen, donde la persona que propone las intenciones no se dirige a la asamblea sino directamente a Dios: «Te pido, Señor, por...» o «Te pedimos, Señor, por...» o «Concédenos Señor...». Solamente el sacerdote está capacitado para dirigirse

20 Cf. *OGMR*, 69.

21 Cf. *OGMR*, 71.

como un sujeto individual a Dios. Los fieles laicos si han de dirigirse a Dios para mediar deberán hacerlo al unísono (y unidos al sacerdote). Porque como personas individuales no representan a Cristo sino que lo representan colectivamente como asamblea reunida. En cuyo caso constituyen el cuerpo de Cristo. Siendo necesaria, además la presencia del ministro ordenado que presida, pues éste representaría la cabeza del cuerpo.

Encontramos una ocasión en la que las peticiones no se dirigen a Dios de modo colectivo sino que una sola persona eleva a Dios la súplica. Es el Viernes Santo. Pero en esa ocasión, en la que uno solo va a hablar a Dios, la liturgia pide que sea el sacerdote. Se proponen las intenciones a la asamblea. Y tras un momento en silencio el sacerdote eleva una oración a Dios.

Queremos poner el punto final a esta reflexión sobre el sacerdocio de Cristo, la participación de los bautizados en este sacerdocio y el ejercicio del mismo en la celebración litúrgica, con las palabras del prefacio que lleva por título *el sacerdocio de Cristo y el ministerio de los sacerdotes* y lo encontramos en las ordenaciones sagradas y en la misa crismal:

*Que constituiste a tu único Hijo
Pontífice de la Alianza nueva y eterna
por la unción del Espíritu Santo,
y determinaste, en tu designio salvífico,
perpetuar en la Iglesia su único sacerdocio.
Él no sólo confiere el honor del sacerdocio real
a todo su pueblo santo,
sino también, con amor de hermano,
elige a hombres de este pueblo,
para que, por la imposición de las manos,
participen de su sagrada misión.*

JOSÉ ANTONIO GOÑI
Pamplona (Navarra)